

UN BALÓN ENTRE MUÑECAS**Manuela Romero Landa**

Colocó el balón en el punto de penalti, se amarró bien los cordones de las botas y respiró profundamente.

Había soñado eso muchas noches, cuando se acurrucaba entre las sábanas a las que le había bordado un escudo azul y blanco, y ahuecaba la cabeza en la almohada.

Ahora estaba allí, frente a la portería, como tantas veces se lo había hecho vivir a sus muñecas, cuando las ponía delante de un balón de plastilina y celebraba con ellas el gol de la victoria.

Susi era una niña pecosa de ojos verdes y colas interminables en las que entrelazaba sus dedos, juguetones, mientras esperaba que los niños de la vieja plazoleta la dejaran jugar con ellos.

Solía bajar muchas tardes hasta que caía el sol, pero precisamente ésa, Quique no la dejaba jugar. Hoy no, lo siento, le dijo casi sin mirarla a los ojos. Ella se sentó en un banco, con la mirada perdida sintiendo cómo le resbalaban dos lágrimas espesas por el rostro.

- ¿Por qué no puede jugar? –le increpó una señora mayor que tejía una bufanda para un invierno aún muy lejano, sentada al otro lado de la plaza.

- Es mejor que nosotros –le chilló Quique desde lejos sin dejar de darle patadas al balón.

Susi se sonrojó y esbozó una sonrisa casi perfecta. La vanidad le asomaba por las dos trenzas que le caían por los hombros.

Los niños del barrio le habían dicho a Susi que debía jugar con niñas, pero ella no era capaz de encontrar tantas como para formar un equipo. Pensaba que en el barrio de al lado tal vez si las encontraría, pero le daba miedo cruzar la línea que un día lluvioso su padre le marcó con el paraguas. De aquí, hacía allá, está prohibido pasar, le había dicho la primera vez que la dejó estar sola en la calle.

Susi era su única hija y tenía miedo a que le pudiera suceder algo. A veces su padre la observaba desde la ventana orgulloso de verla tan grande y haciendo regates imposibles a los niños.

Al fin Quique le lanzó el balón al pie, aparentando estar disgustado, y casi sin darse cuenta se vieron abrazados celebrando un gol imposible, cuando la pequeña pelota cruzaba por debajo del banco de barandas verdes que hacía la función de improvisada portería.

Ahora, delante del balón, dispuesta a lanzar aquel penalti, sintió oír el correteo infinito de los pies de todos los niños del barrio por las baldosas blancas y verdes de la plazoleta y pensó en aquella señora que un día le había secado las lágrimas con la bufanda roja que estaba tejiendo. Tal vez estuviera allí, entre la gente que observaba el partido y pudiese hacerle un guiño de complicidad, o tal vez ya habría dejado grabado su nombre en aquel banco.

Se miró las botas y recordó las primeras que le regaló su padre. Ildefonso era un hombre honrado, honesto, trabajador y humilde. No tenían ningún lujo pero tampoco pasaban necesidades. Cuando

Susi cumplió doce primaveras sus padres le regalaron unas botas. ¡¡Unas multitaco!!, exclamó la niña mientras se las calzaba apresuradamente para salir a la calle.

Su madre no quería hacerle ese regalo porque lo entendía innecesario, pero su padre pensaba que su pequeña tenía cualidades para el fútbol y deseaba verla feliz.

No tenían más hijos, porque cuando nació Susi, su madre contrajo una enfermedad que le impidió tener más descendencia. Aun así, Margarita intentaba no darle a su hija todos los caprichos para que valorase el esfuerzo que hacían cada día trabajando duro para ella.

Le enseñó orgullosa sus botas a los niños de la plazoleta, y aunque le quedaban grandes no quiso decir nada por miedo a perderlas. Eran azules con un símbolo blanco y cordones rojos, su color preferido. “Son raras tus botas –le dijo Quique– pero con ellas seremos el mejor equipo en el campeonato”.

- Espera, Quique, ¿qué campeonato? –le preguntó Susi con los ojos aún abiertos de la sorpresa que se llevó cuando quitó el *celo* blanco y destapó la caja de cartón donde estaban guardadas las botas.

El Campeonato Primavera se celebraba cada año entre los equipos de los dos barrios; el de Susi y aquel al que su padre le había prohibido ir mucho tiempo atrás. Ahora iba a tener que pedirle permiso para jugar allí, en el barrio del Sol.

Hoy también estreno botas, pensó mientras esperaba ya una señal del árbitro para lanzar el penalti. Sonrió pensando que le sería imposible jugar ahora con aquellas multitacos duras y pesadas con las que jugaba en el campo de fútbol de la escuela. Miró el césped bajo sus pies y le pareció ver en su pasado las hierbas que iban creciendo y que Joaquín, el jardinero del colegio, cortaba cada quince días mientras regaba el albero de aquel campo de sueños infinito en el que había crecido.

Para sorpresa de Susi y de todos sus amigos, en el equipo del barrio del Sol también había una niña. María era larguirucha, rápida, tenía el pelo corto y unos hoyos le marcaban la cara cuando sonreía. Se miraron sorprendidas, imaginando tal vez, que aunque ninguna de las dos pudiese pasar al otro barrio, serían amigas para siempre.

Quique y los demás volvieron a casa llorando amargamente la derrota, pero Susi no podía dejar de pensar que había otra niña como ella, con unas botas más feas que las suyas, pero que también la hacían volar por el campo, y soñó con que tal vez, en un futuro no muy lejano, pudieran encontrar otras niñas y formar un equipo solo para ellas.

- Ya eres muy mayor para jugar con niños –le había advertido el entrenador de Quique un tiempo después de aquello. Ella, nerviosa, traspasó la línea imaginaria y fue a buscar a María. No les podían robar la ilusión y debían recorrer cada palmo de su ciudad, cada pista polideportiva, buscando a otras niñas que también quisieran jugar al fútbol.

Frenó en seco su carrera cuando vio cómo su amiga se acercaba a ella con paso lento y una bolsa de deportes a la espalda.

- ¿Vas a entrenar? ¿Dónde? ¿Puedo ir? –la interrogó.

María bajó la mirada y Susi observó que en sus pies había unas finísimas zapatillas de ballet que no se ataban con cordones negros y gruesos sino con lazos de seda rosa.

No dijeron nada y cada una siguió su camino con la tristeza de sentir que la infancia había llegado ya a su fin.

La portera rival se le acercó en un ademán de ponerla nerviosa tal vez sabedora de la tensión que se había instalado en su cuerpo, pero Susi giró la mirada hasta cruzarla con la de María.

Recordó entonces el momento que las había llevado hasta allí cuando al comenzar la Universidad se habían reencontrado hasta volverse inseparables. Tengo una espina clavada, le dijo Susi delante de una taza de humeante chocolate. Yo también. Y suspiraron recordando un tiempo ya pasado.

Enlazaron sus manos y juraron que nunca más le pasaría aquello a ninguna niña, ni de su barrio, ni del barrio del Sol, ni de todos los barrios de su ciudad. Lucharían por cambiar el viento que soplaba para las mujeres a las que les gustaba jugar al fútbol.

Ildefonso tenía un amigo entrenador y les concertó una cita con él para que las ayudase a cumplir su sueño.

Varios cafés después, ya tenían un nombre, un escudo, y un montón de niñas de todas las edades con las que poder competir en una liga solo para niñas.

Debes ser nuestro entrenador, le dijeron ambas a Ángel. Pero él no estaba seguro de dar ese paso porque era un entrenador de éxito en el fútbol masculino y entrar en una aventura así le daba mucho vértigo. Acabó aceptando, aun oyendo a su espalda el ruido crítico de la sociedad más cruel.

Susi le hizo un gesto de complicidad a su amiga, cerró los ojos un instante y la vio celebrando goles uno tras otro en varios lugares. María se había convertido con el paso de los años en una jugadora de excelente técnica, con una calidad insuperable para muchos hombres y un olfato goleador propio del mejor delantero de dibujos animados.

Susi en cambio, era una jugadora más bien fuerte, con grandes carencias técnicas pero sobrada de esa casta de que la que también se hacen los equipos ganadores.

Tú dedícate a meter goles, que de aquí atrás ya me encargo yo, le había dicho muchas veces Susi sonriendo.

Habían pasado ya varios años desde que Ángel, Susi y María fundasen aquel equipo de fútbol femenino que cada vez aglutinaba a más niñas y conseguía escalar más posiciones en la sociedad. Era un camino largo y pesado y a veces se habían sentado en una de las piedras del mismo a llorar amargamente la tristeza que les suponía el escaso apoyo social que iban logrando. Cambiaremos las cosas, se decían mientras refrescaban sus ideas y continuaban caminando. Entonces, se acercaban a la escuela que ya habían creado y se sentían muy orgullosos cuando las niñas venían acompañadas de la mano de sus padres para entrar a formar parte del equipo y para crecer como personas en una estricta educación deportiva.

Las veían crecer con un balón en los pies y se veían ellas mismas en las viejas plazoletas de sus barrios, y veían a Quique, y al resto de chicos que jugaban con ellas sin importarles ya que fueran niñas.

El deporte es deporte y no discrimina a nadie, les decían siempre a los padres que, cada vez más entusiasmados, se acercaban a animar a sus hijas mientras observaban con satisfacción los ojos emocionados de los abuelos. Realmente algo sí está cambiando, se oía decir por las graditas pequeñas las tardes de partido.

Susi sintió un escalofrío por el cuerpo cuando alzó un poco la vista antes de tirar el penalti y le pareció ver a Quique escondido tras una nube de algodón. Se le humedecieron los ojos pensando en su mejor amigo y en cómo él mismo le había dado el balón para que ella lanzara el penalti en aquel Campeonato Primavera ya lejano en el recuerdo. Había sido su mejor amigo, su maestro de regates, de pases, de centros y habían crecido juntos en el barrio mientras ella lo animaba, ilusionada en cada partido que él jugaba.

Una tarde, Quique no acudió a su cita en el viejo banco de barandas verdes en el que charlaban durante horas. Susi oyó unos gritos desgarradores y corrió calle abajo mientras la ambulancia se llevaba a su amigo para siempre sin que ella pudiera darle un último beso de despedida.

Sabía que vendrías, dijo en voz alta. Ahora ya estamos todos, le comentó a María que se había acercado al oído de Susi a darle un último consejo.

- Coloca la pelota. No le des fuerte, tan sólo asegura –le susurró María recordándole que en el Campeonato Primavera había estrellado el balón en la madera del larguero.

En realidad Susi no entendía por qué ella lanzaba el penalti cuando desde que comenzaron aquella aventura siempre era su amiga la que lo solía hacer.

Miró de nuevo la nube y entendió los motivos de María, y sintió entonces unas ganas enormes de llorar.

La presión le atenazaba las piernas. Las sacudió un momento e hizo un gesto de conformidad. Estoy lista, pensó. Nuestro futuro en mis pies, dijo en voz alta.

El equipo se estaba jugando el descenso de categoría y todo pasaba por sus recién estrenadas botas blancas.

Ángel la miraba nervioso, casi alterado, y sus compañeras estaban abrazadas de pie junto al banquillo esperando saltar de alegría o llorar de decepción. Ascendieron a Primera División un año antes, cumpliendo así el sueño que tantas noches habían tenido desde que fundasen el club.

Habían paseado su bandera azul y blanca por los mejores campos de España, algunos como el de Bilbao, lleno de aficionados que celebraban la victoria de su equipo sin importarles para nada si eran chicas o chicos.

Habían ganado, perdido, empatado, pero sobre todo habían disfrutado y eran el ejemplo en el que se miraban todas las niñas de la cantera.

Susi echó una última visual a la grada. Vio a sus padres, a sus amigos, a gente que conocía pero de la que no sabía ni sus nombres. Observó a las más pequeñas, todas juntas, con los ojillos iluminados, nerviosas y reparó en una pecosa de colas rubias interminables y sintió más fuerza aún para cumplir el sueño de todos los que estaban allí.

Golpeó el balón con el alma.